



DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

La del alba sería, ó poco menos, cuando dejando los mullidos divanes del edificio del Gobierno civil el ingenioso Hidalgo y Caballero, calóse su sombrero hongo, se estiró los pliegues del calzon de punto, taconeó sobre el pavimento con la lustrosa bota de montar, se abrochó la americana, y subiendo sobre rocinante que golpeaba el suelo con impaciente ardor, se encaminó á la Puerta de Toledo. Cide Hamete Benengeli no dice si el ingenioso Hidalgo marchaba solo, aunque es de creer que no, atendiendo á que necesitaba llegar al camino de Carabanchel, y le constaba que todo desgraciado que sale á cuatro varas de las puertas de Madrid, tiene gravísimo riesgo de ser desnudado.

—¡Oh! mi suavísima y sin par Virgen Democracia, decia con sentido acento, —no vuelvas el rostro á tu rendido caballero, puesto en tan duro trance por servirte. Repara mi consecuencia, apiádate de mi quebranto, y no me prives de tus favores por concederlos al hijo del marqués de Albaida, indicado por los periódicos para sustituirme en el Gobierno de Madrid. Y tú, luna llena, que pareces una boina carlista, no denuncies el camino que llevan los míos para que caigan sobre el enemigo, cuyas formidables huestes adivino en mi imaginación.

Y el gobernador vió á poco que dos tercios de la Guardia civil esperaban su llegada bostezando por la mala noche que se les habia hecho pasar. Y así les sorprendió el dia, y así hubieran seguido durante una semana, si de repente no se hubiera presentado en el lugar de las soñadas rebeliones el general Socías, jefe superior de la Guardia civil, el capitán general de Castilla la Nueva y el ministro de la Gobernación.

Entonces se oscureció el héroe, y el general Socías se encargó de promover un nuevo conflicto, consultando, segun dicen, que yo no lo ví, y estoy por no creerlo, á los cabos y sargentos sobre la conducta de los jefes y oficiales.

Estos, enrojecidos por la vergüenza, sufrieron aquella escena depresiva, y alguno de los mismos volvió arrestado á Madrid.

Con esto terminó la función, habiendo brillado los carlistas por su ausencia.



Mientras esto ocurría junto al antiguo Pradillo de los Ahorcados, la policía se agitaba en Madrid, procedia á registros y decretaba prisiones.

Sin duda trataba de encontrar con mayor facilidad que la Guardia civil á los carlistas que iban á levantarse en armas. Para ello acudieron á las redacciones de *La Reconquista* y *La Regeneracion*, y se llevaron á la cárcel á su conserje, un escribiente y dos mozos; fueron despues al templo de San Sebastian, y como no encontraron las armas de que iban en busca, se apoderaron en equivalencia del teniente cura señor Espinosa; despues, en una casa de dormir, encontraron una maleta, y dentro de la maleta unos cartuchos, y dentro de los cartuchos balas segun unos, y monedas de cinco duros segun otros; finalmente, se apoderaron de varios sugetos conocidos por sus ideas carlistas, y registrando la casa del señor conde de Campomanes, dieron con una escopeta inútil que un mayordomo se habia olvidado de dar á componer.

La policía estaba de enhorabuena; aquel hallazgo era un documento justificativo de su celo por el servicio, mediante el cual podia pretender todo género de recompensas.

Al sacar dicha escopeta envuelta en un paño, los curiosos que se agolpaban á la puerta de la casa, preguntaron con afán lo que aquel envoltorio contenia, y no faltó quien les dijera que *dos fusiles*. Una hora más tarde los citados curiosos manifestaban confidencialmente á sus amigos que la policía se habia apoderado de *veinte fusiles*. A la caída de la tarde los fusiles sorprendidos habian llenado un *carro*, y á la mañana siguiente el periódico ministerial LA IGUALDAD,

afirmaba terminantemente que de la casa del conde de Campomanes se habían sacado *cuatro carros de fusiles*.

A todo esto los encargados de manejarlos no han parecido ni siquiera han acudido oportunamente á oír la misa de las dos de la madrugada que debía ser el principio de su expedición; las campanas de los templos, cómplices también según los noticieros del fracasado movimiento, han guardado un pudoroso silencio, y el cabecilla Merendon sigue cobrando contribuciones y quemando registros civiles por Castilla, muy ageno sin duda de ser la persona indicada para capitanear á la numerosa facción que debía haberse levantado en el camino de los Carabancheles.

Se ha formado, como es de suponer, la correspondiente causa, en cuyos autos han declarado á estas fechas las nueve décimas partes de los habitantes de Madrid. Mas tarde se sobreeserá, quedando solo como recuerdo de tan peregrino asunto unas cuantas resmas de papel de oficio emborrionadas y un maletín de cuero relleno de plomo, unido á los autos.

Y, con efecto, la crisis se resolvió.

Salmeron el filósofo no quiso transigir con el castigo que la sociedad en peligro reclamaba contra los ladrones y asesinos, contra los incendiarios y rebeldes de todas clases, y renunció la presidencia del poder ejecutivo.

Castelar el poeta fué menos escrupuloso y aceptó la herencia, prometiendo desarrollar una política enérgica. Nombró á los nuevos ministros y no se olvidó de Pedregal y del Rio, apreciables diputados que tendrán grandes méritos para sus familias y amigos; pero que hacen preguntar al curioso lector: ¿Quién es Pedregal? ¿Quién es del Rio?

Difícil era antes la contestación: ahora ya puede darse sin el menor trabajo.

Pedregal es el ministro de Hacienda.

Del Rio es el ministro de Gracia y Justicia.

Pero ¿quién es ese ministro de Hacienda?

Pedregal.

¿Y quién es Pedregal?

El ministro de Hacienda.

Ya ven Vds. cómo el elocuente tribuno ha sabido rodearse de personas que harán la felicidad de la patria.

A las veinticuatro horas de formado el nuevo ministerio se presentaba en crisis: conjurada ésta, podrá tirar unos cuantos días.

Esto, en el caso de que mientras nuestros cajistas componen este artículo y hace luego gemir á la prensa no haya cambiado la decoración, que todo pudiera ser.

Y no recuerdo que haya pasado más durante la última semana.

ESCENAS DE MADRID (1).

PERICO.

(Conclusion.)

—Vamos, dije á Perico, cuando volvimos á entrar en su habitación, cuéntame pronto por qué has emigrado á este centro de las Américas, y cómo has podido prescindir del restaurant de Fornos, de los salones del Casino y de las reuniones de las grandes casas de la aristocracia.

(1) Véase el número 872.

—La voluntad, amigo mio, todo lo puede. Estoy aquí preparando y asegurando mi porvenir. Ya recuerdas qué vida llevaba yo, cuánto dinero gastaba en lucirme, cuánto me sacaban los amigos; no era bastante la pensión que me tenía señalada mi tío, y siempre estaba pidiéndole recursos extraordinarios. Mi tío me escribió un día:

«Tú no eres nada, tú no sirves para nada, tú no ganas nada y he resuelto no darte nada y no dejarte nada de lo que poseo, á no ser que aceptes una condición. Vive dos años de tu trabajo, y si en esos dos años no me pides nada ni tomas prestado nada, te dejo todo lo que tengo. Con que mira lo que te conviene y no pienses que modifique mi resolución.»

—La carta era insinuante.

—Ya lo creo, y que en diciendo mi tío una cosa no hay quien le haga desistir. Reflexioné, y después que hube reflexionado, fuí y cogí el reloj y algunas alhajas que tenía y lo vendí todo y vendí los muebles y emigré á este lugar, proponiéndome vivir aquí los dos años sin pedir un cuarto á mi tío, y así lo he hecho hasta ahora y lo haré hasta el término del plazo señalado.

—Te felicito por tu resolución, y en verdad te digo que no te creí capaz de semejante heroísmo.

—Pues ya ves que lo soy, aquí me tienes haciendo prodigios de economía, comiendo lo preciso y nada más, fumando del estanco, y poco, yo que fumaba antes veinticuatro brevas diarias á 2 rs.

—¿Pero no te cansa esta vida?... ¿No haces nada?...

—¿Que no hago nada?...

—Y tirando del cajón de la mesa me enseñó un manuscrito bastante abultado, en cuya primera cuartilla había este título:

El Pueblo de Madrid (1).

—¿Escribes una obra?

—Sí, una obra dedicada al pueblo de Madrid, al que he tenido ocasión de conocer, y del cual no se ha hecho todavía que yo sepa la verdadera semblanza, el retrato exacto. En esto me ocupo; así me gano la fortuna que me dejará mi tío.

—Y luego volverás á tu vida de antes.

—Eso no: luego viviré en el centro de Madrid; pero aquí, en estos barrios emplearé mi fortuna. El pueblo de Madrid es digno de que se le atienda y considere; de que se le auxilie y se le cuide. Yo vivo entre las gentes del pueblo, del llamado pueblo bajo, y puedo asegurarte que entre estas gentes he hallado los ejemplos más notables de abnegación y de virtud, los más nobles sentimientos, las más grandes cualidades. ¡Oh! qué daño tan inmenso han hecho al pueblo estos explotadores de la ignorancia que le han venido predicando los mayores absurdos y las más disparatadas ideas. Pero tan grande como es la ignorancia del pueblo, tan grande es su buen sentido, porque á pesar de esa criminal propaganda antireligiosa y antisocial, créeme, en el pueblo de Madrid no ha hecho todo el efecto deseado por esos falsos regeneradores del pueblo el veneno que le han dado á beber.

En esta casa, que tiene más de cien vecinos, no hay más que un infeliz que se ha declarado ateo, y es la burla y el escarnio de todos los demás vecinos. Tuvo un hijo y se empeñó en que no había de ser bautizado: pues los vecinos un día cojieron el niño y le llevaron á bautizar; y luego celebraron la fiesta con el mayor regocijo, haciendo cada cual un sacrificio para contribuir á los gastos. Ese patriota que acabas de ver con el fusil, que parece que se come á los

(1) Esta obra se publicará oportunamente.

niños crudos, lloraba, aquel día solo de oír cuatro frases bien dichas y bien sentidas que pronunció el cura dando gracias á los vecinos por haber llevado á la criatura á ser bautizada.

Entre mis amigos del gran mundo si me vieran con este traje, con esta aparente miseria, hallaría muchos que no me saludasen, y acaso ninguno que me diera un duro. En esta casa todos me han ofrecido, creyéndome miserable, y ahora mismo, si pidiera al más pobre, partiría conmigo el pan que tuviera.

Este pueblo no necesita esa insensata predicación socialista cuyas ideas chocan tanto con sus sentimientos y sus costumbres; necesita instrucción, buenos libros, buenas escuelas, necesita quien le aleje de la taberna, quien le haga agradable la vida del hogar, quien le hable la verdad sin adularle, quien le haga comprender las venturas del trabajo y las desventuras de la ociosidad.

Yo emplearé la fortuna que me dejará mi tío en hacer bien al pueblo, en edificar casas para trabajadores donde encuentren toda la comodidad que les satisfaga, donde vivan en buenas condiciones de salubridad, donde tengan aire puro que respirar ellos y sus hijos.

—Buena es tu intención.

—Eso debieran procurar los gobiernos, eso debieran intentar los poderosos, pero aquí se habla mucho del pueblo, en su nombre se escala el poder, y luego nadie se acuerda del pueblo, nadie hace nada por él. Cuando el pueblo se convenza de que sirve de comodín á todos los ambiciosos, cuando se persuade de que solo en el trabajo y en los dulces lazos de la familia hay tranquilidad y dicha para él, habrá acabado el funesto influjo de los hombres políticos, cuya misión en España no parece ser otra que perturbar profundamente la sociedad y arruinar á la patria.

Así habló Perico, y he de confesar que no pude menos de admirar su fuerza de voluntad, y celebrar el cambio que en él había obrado su alejamiento de la sociedad.

Los vecinos todos de la casa, que al principio le llamaban el señorito en son de burla, habían acabado por estimarlo mucho, y reconociendo de buen grado su superioridad de inteligencia, le consultaban en todos sus apuros, seguían gustosos su dictámen, y estaban locos de contentos con el señorito. No había fiesta, boda ó bautizo á que no le convidaran; los chicos más rebeldes y poco aficionados á la escuela aprendían á leer con él, y los matrimonios más desavenidos se avenían, gracias á su inteligente mediación.

En resumen, Perico, que era un señorito insustancial, gastador y libertino, se ha convertido en un hombre económico, discreto, juicioso, amante del prójimo y que será utilísimo á la sociedad.

Díle mi enhorabuena y me despedí de él, deseando que publique su libro de *El pueblo de Madrid*, que entiendo ha de ser obra curiosa y de provechosa lectura.

TORITOS.

Sr. Director de EL CASCABEL.

Mi inolvidable amigo: V. se habrá extrañado de mi silencio, pero no tiene nada de extraño porque he pasado muchas crudas y pocas maduras y he tenido tantas averías en todo este tiempo... Ahora me tiene V. otra vez en Madrid y siempre en estado de merecer, aunque si me vé V. no me conoce de lo desfigurada que me he puesto. Pero que me había de suceder con

las perrerías de los picaros de los hombres, que sabe V. lo sensible que yo soy, aunque me esté mal el decirlo, y lo poco avisada que siempre he sido en estas materias. Ya no tengo aquel talle de que le hablaba á V. ni aquel lunar junto á la barba, que fué la perdición del radical de mis pecados, que se portó tan rematadamente conmigo, ni aquella manera de mirar que producía siempre cambio de ministerio... no señor, estoy que no soy mi sombra y ya ni tengo aquel para componerme y me peino con mucho descuido y no me pongo cintas ni nada, vamos, nada... así es que mi amiga la de marras, que ha venido conmigo, me dice siempre que parece que estoy sin concluir, es decir, á medio hacer. ¡Ay, D. Carlos; pero qué humor ni qué gracia he de tener yo ni para pintarme las mejillas, que ya sabe V. lo bien que lo hacía, si cuando me acuerdo de lo que he pasado me dan unas ganas de llorar y de retorcerles el pescuezo á todos los hombres! (y V. dispense este desahogo.)

Figúrese V. que cuando perdí de vista al radical—él se perdía de vista siempre—empezó á hacerme el amor un republicano unitario que juró quererme á mi sola, porque para eso era *unitario*, y hasta me dijo que nos casaríamos por la Iglesia. Yo, la verdad, me extrañé de tanta formalidad porque me tenían muy mal acostumbrada los otros—pero como eso de la boda por la Iglesia me hace tanta agua en la boca, es claro, le dije que bueno que le quería yo también, pero que fuera preparando los papeles. El me dijo que los papeles ya los tenía arreglados. Y era cierto, sí señor; él era el que estaba muy desarreglado y se condujo conmigo como todos. En cuanto supo que yo le quería, se hizo el remolón, fué dando largas al asunto; se excusaba de no venir á verme con que iba á las Cortes y diciéndome que no tenía el don de la ubicuidad (ú *obesidad* como ahora se dice), y en fin, que una noche le sorprendí del brazo de una señora que llevaba una barba corrida bastante marcada, lo cual yo creo que es una porquería, y me dió un patatus y al volver en mí me encontré en mi casa y una carta de aquel indino en que me decía que le iban á hacer gobernador y que tenía que ponerse grave, por lo cual ya no existía nada entre los dos. Vamos, ¿le parece á V. proceder digno este?

Desde entonces me he vuelto muy escamona, pero no me vale—siempre me engañan todos;—al poco tiempo del sucedido ese que le acabo de contar—y cuando se fué á Italia D. Amadeo—(que, francamente, lo que es á mí me gustaba de veras aquel pollo)—tuve otro partido, y luego otro, y otro más tarde—que ya me parecía yo á España en lo de tener partidos, y en lo *buenos* también.—Pero, es claro, con estas ideas de ahora, todos los hombres se creen autorizados á sacarle á una los colores á la cara hablando del amor libre y de otras atrocidades. Todos empezaban su declaración, sobre poco más ó menos, lo mismo y solo cuando me veían á mí tan digna y con tan buenas despachaderas, volvían las tornas y me ofrecían casaca con arreglo á las prescripciones de San Pedro y San Pablo. Entonces yo, para no espantarlos por completo, me ponía más dulce, y en seguidita, lo de siempre, ellos daban media vuelta y si te vi no me acuerdo. En fin, le contaré á V. los dos últimos casos, para no cansarle mucho.

Ya estábamos gozando los españoles y las españolas de la felicidad sin límites que nos había ofrecido la federal (y como ofrecimientos de hombres así han salido ellos), cuando se me presentó un... casi no me atrevo á decirlo... un aguador que venía á traer el agua á casa y que mirado de perfil aun podía pasar. Ya se vé; yo peino próximamente cuarenta y dos primaveras y con la historia que tengo por mis desdichados amores no estoy para hacer dengues ni mucho menos: á V. se lo digo en confianza; sé que mis cartas no las lee nadie más que los lectores de EL CASCABEL y por eso hablo sin rodeos. Pues señor, el aguador me flechó, pero antes, según mis informes, le había yo flechado á él y una tarde soltó la cuba, y me dijo su sentir en gallego y todo, que fué lo que me hizo más gracia. Yo me incomodé al pronto, pero luego ya no me incomodé y le hablé con más amabilidad. Entonces él me dijo que era federal intransigente-social-colectivista cantonizado con todas sus consecuencias, y aunque yo no entendí nada de esta gerga, el mozo me lo explicó, añadiendo que si yo le correspondía, se casaría

conmigo, porque aunque intransigente y todo lo demás tenía algo de sentido comun, Yo le respondí riéndome, y él tomando aires de personaje añadió: «Si me quieres, te llevaré a Cartagena donde me van á hacer ministro de Marina de un momento á otro...»

Mire V. no le hice caso, porque al oír esto creí que estaba completamente loco, y ahora lo siento puesto que me parece haber oído su nombre entre los de los ministros de no sé qué canton de España. No sabe una nunca lo que le conviene, ahora, aunque volviera á verme ya no me querría hacer caso, y me estaría muy bien empleado por no haber creído que pudiera llegar á ministro.

El otro caso me ha sucedido en un pueblecito de aquí cerca donde estaba pasando mis días con tranquilidad hasta que una partida me obligó á venir á Madrid para comerme la viudedad de mi primer marido (porque no sé si le he dicho á V. que he sido casada tres veces), viudedad que ahora me han mermado estos federales, que era preciso que hubieran venido ellos para tener que ver hasta con las pobres viudas. Pues bien, estaba yo en ese pueblecito de la provincia de Avila—donde hay muy buenas truchas en el río y fuera de él—y con la amiga esa de quien le he hablado á V. teníamos una casa de huéspedes para pasarlo mejor. Un jóven de Madrid fué á pasar el verano y vino á mi casa, porque, no es por alabarme, pero yo sé dar de comer como la mejor y ya vé V. por 10 rs. chocolate, leche, almuerzo, comida y agua á discrecion: me parece que en pocas partes estaría V. mejor tratado... ¿De qué hablábamos? Ah, de mi jóven. Pues vino á casa y yo me propuse convencerle de que se había de casar conmigo y ya lo tenía medio decidido cuando... ¡qué día aquel D. Carlos! sus amigos de V. Serra y Sepúlveda tienen la culpa de que no le atrapara. Crea V. que detesto á esos dos solteros que tanto daño han hecho á las muchachas casaderas. Figúrese V. que se presentó mi jóven con un libro titulado *El Matrimonio*, pleito en verso y qué sé yo, en que el susodicho Sepúlveda (no el diputado federal) clama contra el matrimonio y apoyado por Serra, no da su brazo á torcer y arremete contra V. y Guerrero y otra porcion de distinguidos poetas que se esfuerzan en vano en convencerle de su error, es decir, acá para *inter nos*, error no lo es, que bien cierto es lo que dice el pollo Sepúlveda y no parece sino que le dictaba alguno de mis maridos (q. e. p. d.); pero yo debo decir que es error, porque no estaría bien lo contrario. En resúmen, que al jóven se le cambiaron las ideas y apenas le hablaba de boda, me sacaba el librito y no podía hacer carrera de él.

Con que ya vé V. si he sido desgraciada y si se puede dispensar el que no le haya escrito antes.

Ahora estaré en Madrid unos días y como apenas he llegado me fuí á la plaza de toros—porque es mucha mi afición á los cuernos—quiero aprovechar la ocasion para contarle á V. á vuelta de la pluma la corrida del domingo último, pues ya sabe V. que esta seccion del periódico siempre ha estado á mi cargo.

Pues, como digo, estaba la plaza de bote en bote y hecho el despejo por los alguaciles vestidos todavía como en tiempos de Carlos IV (yo creo que debían variar el traje por otro coloradito que sería de más propiedad), salió la cuadrilla, á cuyo frente iba *Lagartijo*, ya curado de aquella puntada que le echó al brazo un toro marrajo, y cantoneándose como él sabe hacerlo; en medio *Chicorro* que es muy *templao* y muy gitano, y á la izquierda Frascuelo con la cara aquella que tiene y su modito de andar que siempre me hizo tilin, aunque sea mala comparacion.

Yo ocupaba mi asiento de delantera de grada junto á un abonado de edad avanzada como sus ideas, y digo esto porque toda la tarde me estuvo guiñando el ojo izquierdo, que es lo mejor que tiene. Lo menos se figuró el buen señor (me dijo que sería ministro pronto: hombre, todos son aquí ministros), lo menos se figuró que sería yo una de aquellas señoras *liberalas* que suelen ir á delantera de grada con tanta pintura y tanto perifollo. ¡Ay! ¡si el hombre se decidiera! Ya le contaré á V. lo que ocurra.

En fin, salió el primer toro preguntando si se había resuelto la crisis y que él era de los de la derecha (toril de la derecha quiso decir), por lo cual creyó el pobre bicho que le iban á tra-

tar con mucha consideracion. En seguida empezó á buscar la puerta para ir á ver lo que le decían en la carrera de San Jerónimo y corria que se las pelaba por el *ruedo* hasta que *Lagartijo* cogió el capotillo y se fué al toro diciéndole que quien estaba en crisis era él, á lo que respondió el bicho, parándose, que antes tenía que enviar un saludo á sus hermanos de Cuba. Saludó el *Chicianero*, así se llamaba, y en seguida se encontró con Onofre que le clavó una pica. Entonces se incomodó el toro—y con mucha razon—y embistió contra la gente de á caballo diciendo que eran unos impolíticos porque él solo quería saber qué había de crisis. Con los capotes le llevaron al Gallito y el toro creyendo que aquel le llamaba para darle noticias frescas, se dirigió á él, pero Gallito le clavó un par de rehiletos, con lo que *Chicianero* volvió á vociferar y á decir unas palabrotas que yo me tuve que tapar los oídos. Repitió Gallito la suerte, y con otro par de Molina, que parecía un par... de Francia, por lo bien plantao, tocaron los clarines á matar y aquí fué ella.

El toro empezó á decir que llamaran á Salmeron y Pí, y á todos los que no se atreven á aplicar la pena de muerte, para que lo protegieran. Pero *Lagartijo*, enseñándole un trozo de bandera republicana, le convenció de que debía dejarse matar, porque precisamente para eso había entrado Castelar en el Ministerio. Y así fué, de una estocada más atravesada que el alma de Judas, *Chicianero* fué el primer caso de la aplicacion de la pena de muerte.

Paso al segundo, *Alvareño* de nombre,

«y con unos piés, Dios mio,
si tenía seis ó siete»

como V. dice en su zarzuela. Corria que se las pelaba buscando un número de la *Justicia federal* escrita y firmada por Roque Bárcia (que hasta Colmenar ha llegado la fama de don Roque). Como nadie le daba el numerito, rompió varios capotes ó capitas, tomó ocho varas, y se encolerizó diciendo que era un internacional procedente de Alcoy, y que si estuviera en la plaza Contreras ó D. Roque, ya les costaría cara la broma.

Desde entonces no hacia más que acercarse á la barrera á preguntar si formaba Pí ministerio, y como creyó que le habían dicho que sí, tomó carrera para saltar la valla y marcharse al salon de conferencias; pero un municipal se dirigió á él levantando los brazos y diciéndole: «que forma Castelar» «que es Castelar el que forma» con lo cual el toro se tragó la muerte y ya no tuvo fuerza para saltar la valla.

Otros tres pares le pusieron entre Pablito y Sanchez, y Frascuelo, despues de brindar el toro, mientras éste enviaba un saludo á sus hermanos de Cuba, le dió varios pases, y lo «cantonzó» de una buena intentando recibirlo.

«Balleno» se llamó el tercero, muy malo, muy rematado y más huido que el federal que me hizo el amor últimamente.

Siguiendo la costumbre del ministerio de Ultramar, que no pasa semana sin que un nuevo ministro envíe un saludo á las Antillas, el torito Balleno no hizo más que salir al *ruedo* y dirigir un saludo á sus hermanos de Cuba.

En vano lo llamaban con los capotes y le hostigaban los de á caballo.

El toro no hacia más que correr, y cuando le preguntaron que por qué no se paraba, contestó: que iba buseando á Suñer, á quien tenía muchos deseos de conocer personalmente.

En varios encontronazos recibió algunas puyas, le pusieron tres pares de zarcillos, entre otros Gallito y Julian, y murió á manos de *Chicorro*, que hizo todo lo que pudo, y quizás más de lo que hubieran hecho *Lagartijo* y *Frascuelo*, por lo cual le aplaudí con calor, y eso que yo no acostumbro, y hasta le eché un puro de los que guardo yo para los amigos.

El cuarto se llamó «Ballester» gran mozo, de buen trapío, así como yo.

Salió desafiando, envió el saludo á Cuba, tomó diez y siete varas, que no sé qué quería hacer con tantas, miraba mucho al Presidente para enterarse bien de cómo son los concejales de ahora, segun dijo, aunque yo creo que lo miraba tanto porque

supo que se llamaba Carnicero, y creyó que tendría que haberse las con él despues de concluir la funcion.

En fin, despues de despachar cinco ó seis *pagarés*, y de obligar á Calderon á romper cuatro lanzas seguidas—que no parece sino que Calderon queria resucitar el toreo antiguo—tomó tres pares (porque pensó que serian pares de botas), y *Lagartijo*, que se escupe bastante de la suerte, desde la última cogida (y hace bien), lo tendió de una estocada á la *Dolorosa*, que al toro le pareció más dolorosa todavía.

Morito se llamó el quinto, como el perro de V., aunque un poco más grande; hizo el indispensable saludo á Cuba, mató un jaco, é hirió á una jaca, y el seño Frasquito le colgó dos pares, usurpando atribuciones á Pablo, quien se incomodó de esta falta de disciplina. Frascuelo, que tenia mucha prisa para tomar el tren, quiso despachar pronto á Morito, pero como este llevaba en el bolsillo dos butacas, para ir á ver *Brahmā* (que se las habia regalado un revendedor que ha sido ministro de no sé qué canton), no quiso dejarse matar, y le arrancó la muleta á Frascuelo, á quien se le resintió el brazo izquierdo, como suele suceder.

Pero en fin, despues de cuatro pinchazos, mandó al toro á la carnicería, y se marchó su señoría con alegría y con su compañía á la estacion del Mediodia.

Y con esto, y con decir á V. que el sexto se llamó *Cordobés*, saludó á Cuba, tomó dos ó tres varas en junto, y tres pares regulares, muriendo á manos de Chicorro de varias estocadas, una á lo *Guillermo Tell*, otra á lo *Rigoletto*, otra á lo *Fausto* y otra á los *Hugonotes*, diciendo al morir, que sentia que lo mataran tan joven, porque él tenia un proyecto para *enjuagar el déficit*, tiene V. bosquejada á grandes rasgos la corrida del domingo.

Salí de la plaza, del brazo de mi vecino, quien me llevó por la noche á entrada general del Circo de Prais. Miste que rumbo es. Ya le diré á V. en qué para todo esto. Diga V. en la Administracion que me suscriban á los *Niños* y á la *Primera Edad*, que es un encargo de una amiga.

Y hasta la próxima si tengo tiempo y me deja el vecino, su afectísima

PAQUITA MEDIA-LUNA.

Madrid 10 de Setiembre.

CASCABELES

Dice *El Imparcial* que el Sr. Rubau Donadeu propondrá al Sr. Figueras que pase algun tiempo en Barcelona.

Yo le propongo, y es mejor proposicion, que pase el resto de sus dias en el Mogol, y esté seguro de que aquí no le echaremos de menos.

Los mozos de la reserva de Avila estaban en la estacion esperando el tren que les habia de llevar á Valladolid. De pronto uno de ellos, entusiasmado con la federal, gritó ¡vivan los carlistas! y los 526 restantes echaron á correr con el mismo entusiasmo que el que dió el grito.

Me parece que entusiasmo de esta naturaleza no necesita comentarios.

Ya se ha dado noticia á las Córtes extranjeras de quienes son Pedregal y demás compañeros de ministerio.

Y dirán las Córtes extranjeras que por un oido les entra la noticia y por otro les sale.

Hay en Lugo una librería, ó cosa así, cuyo dueño, ó gerente, ó lo que sea, no paga los pedidos de libros que hace, no

paga las letras que se le giran ni contesta á las cartas que se le escriben.

¡Digo! si será liberal.

Y como ese hay otros, cuyos nombres tendremos que publicar, aunque lo sintamos, porque no hemos de guardar consideraciones á los que de tal manera abusan de las empresas editoriales.

Sirva de aviso á los que se hallan en ese caso.

Al ver tan decidido á Castelar
me pensé desmayar;
pero luego con calma lo he pensado
y no me he desmayado.

*Aquí de molde encaja
que lo que es la república no cuaja.*

El dia 17 sale en la Habana la loteria para la que todavía tenemos algunos vigésimos, que infaliblemente corresponden á los premios mayores.

Si no logran Vds. buen premio, no será culpa mia. Yo aviso á Vds. con tiempo. Si es que no quieren Vds. ganar nada, entonces no he dicho una palabra.

El Sr. Gonzalez Iscar se dejó relevar al fin de su empleo de ministro de la Guerra.

Pues señor, yo creí que el hombre iba á hacer algo bueno, pero me llevé chasco.

La república en España no durará mucho, pero en cambio vá á costar más hombres y más dinero que tres ó cuatro siglos de monarquía.

Y todavía dice el Sr. Castelar que los españoles no quieren otra cosa que la republiquita.

¡Si estaremos todos entusiasmados sin haberlo conocido!

Un nuevo ministro de Ultramar ha enviado el correspondiente saludo á los habitantes, ejército y voluntarios de Cuba. Y dirán ellos:—«¿Y á nosotros que nos cuenta V.?»

El Sr. Pi se ha quedado sin poder subir al Ministerio por ahora.

Ahora sí que se le puede llamar *Pi-brama*.

Gran contento le ha dado
á la mujer de D. Manuel Calmoso
que á este le van á hacer *movilizado
voluntario forzoso*.

Donna é móbile dijo no sé quién
pero habló con razon y dijo bien.

El texto del número 7 del tomo 8.º de *Los Niños*, pertenece á la señora Armiño y los señores Hartzenbusch, Janer, Perez de Liébana, Guerrero, Caballero de Rodas y Barrantes. Vá ilustrado con cinco bonitos grabados.

Por el señor Cucala
está muerta de amor doña Pascuala,
y el marido al saber esta pasion,

remite á su mujer á la faccion.

*Esto de las facciones
será causa de muchas desazones.*

En un tren de recreo, Magdalena
á los baños se fué de Cartagena,
ya no puede volver la desgraciada
y allí se encuentra ¡oh, Dios! cantonizada,
y en tanto su marido
anda aquí por Madrid muy divertido,
deseando de todo corazón
que no se acabe nunca allí el canton.
¡Ay! estos federales del demonio
han echado á perder el matrimonio.

Dijo el otro día el Gobierno en las Cortes que no se darán las armas para la milicia forzosa á los que sean carlistas ó federales rojos.

De modo que cuando le lleven á V. el fusil, debe V. decir:
—Yo lo tomaré con mucho gusto, pero sepa V. que soy carlista por un lado y por otro rojo intransigente federal social con todas sus consecuencias.

Y ya está V. libre de cargar con el fusilito.

Está muy bien el discurso de Castelar; sus ideas de orden, de autoridad, de paz y concordia entre todos, son muy dignas de aplauso; pero no hay más que una cosa; que el país no está dispuesto á sacrificio alguno para sostener el desorden que se llama república federal.

Ya deben haber comprendido los republicanos de buena fé que el nombre de república federal se ha hecho odioso al país, y nadie espera de ella más que desastres y desventuras y ruina.

Esta es la verdad.

Si me equivoco, ustedes dispensen, y que no sirva de inco-modidad.

Pues señor aquí vá á pasar algo.
Vuelven Serrano, Olózaga, Martos y otros pajarracos y se anuncia que vuelven otros más.
Lo que siento es que me coje sin dinero.

En Cartagena ha volado un polvorin.
Se cree que no lo volverá á hacer más.

Cojan Vds. los periódicos de hace un año; lean detenidamente los piropos que radicales y conservadores se propinaban; renueven la idea de las palizas y asesinatos por si soy conservador, si eres radical...

Muy bien: ahora escuchen Uds.

Se trata de refundir las tertulias de la calle de Carretas y la de la calle del Clavel... ¿Dicen Vds. que he perdido el juicio? No; lo que se ha perdido aquí, hace mucho tiempo, es otra cosa.

La comision nombrada para la reforma del ejército se reúne casi diariamente.

En las sesiones sucesivas se tratará de la ordenanza y del arreglo del cuerpo de artillería y de la revision de las hojas de servicios.

Ahora nos ocupamos de algo más grave: tratamos de decidir

si las estrellas han de ser tantas como los grados del oficial y si han de ser más pequeñas ó mayores que las usadas hoy.

La priora del convento de la Enseñanza de Vergara ha publicado un comunicado en los periódicos, manifestando que en dicho convento no han entrado republicanos ni carlistas, ni las colegialas han salido de él.

Me parece muy bien: en Vergara no debe haber nunca el menor suceso violento: solo pueden permitirse los convenios.

El ministerio ha abierto una suscripcion nacional para reunir 700 millones.

En Madrid hay ya dos suscritores.

Menos creí siempre que habria, y al fin y al cabo, por algo se empieza.

El cabecilla Gorordo ha dado en la mania de reclamar á cada pueblo veinticuatro doncellas... para coser pantalones.

—¡Veinticuatro doncellas!... dicen en muchas localidades: ¡Gorordo no sabe lo que se pide!

En otros pueblos se despierta tal emulacion entre las jóvenes y especialmente entre las jamonas en estado de merecer por coser pantalones, que el cabecilla Gorordo ha llegado á verse comprometido.

Se habla de que está seriamente comprometida una plaza fuerte del Norte.

Pero, no hay cuidado: en cuanto se realice el armamento nacional y seamos todos milicianos y compremos nuestro fusilito iremos al Norte y obligaremos á los carlistas á que abandonen dicha plaza.

Creemos sumamente útil á los contribuyentes el *Manual novísimo de la contribucion industrial* que acaba de publicar el ilustrado escritor D. José María Mañas. Véase el anuncio.

Han forrado de nuevo el banco azul de los ministros en el Congreso.

Debían haberlo forrado de puntitas de París con la puntita hácia arriba.

Pero, hombre, ¿qué fué la conspiracion matinal del martes último?...

Una papa.

¿Y la maleta con las iniciales R. F.?

Creo que estas iniciales querian decir: *República fea ó República fuera.*

En el teatro del Príncipe, ahora Español (y antes tambien), empezarán brevemente las representaciones con *La niña boba*. La compañía es muy buena, y la empresa tiene obras de gran mérito de autores acreditados.

Deseo aplausos y dinero á todos.

Ha regresado á Barcelona, procedente de Viena, nuestro querido amigo el coronel Lopez Fabra, jurado en aquella Exposicion.

El Sr. Lopez Fabra, con su gran inteligencia y su patriótico celo, ha contribuido poderosamente al gran resultado obtenido por la industria catalana en Viena, resultado comparativamente mas grande que el obtenido por la de las demás naciones.

Los industriales de Cataluña no olvidarán nunca seguramente lo mucho que ha hecho el Sr. Fabra en pró de la industria nacional.



Se nos remite lo siguiente:

«Dice el doctor Palomar (médico especialista): todo cuanto vive y vive mucho, tanto más se relaciona con la existencia humana. En dicho concepto el *acebo* y sus preparados, según los últimos experimentos, son elogiados en las afecciones de pecho, asma y ronquera, asimismo en la raquitis, reumatismo pertinaz, debilidad de las piernas de los niños, cólicos ó sus indigestiones, y más prodigioso en la bienorragia reciente ó crónica que cura casi instantáneamente. El *acebo* con adición del polvo de nuez ó de naranja, preserva el vino de la acidez, impidiendo la separación de sus principios ó delgadez de estos causa de su corrupción, por lo que ejerce también en el cuerpo humano influencias superiores, objeto de otro lugar. La *Ilicina* demasiado conocida, es un producto del *acebo* como la *liga* de Bretaña ó el *ilex mate* el té de los jesuitas tan recomendado por los españoles de la América del Sur como preservativo de todo mal.»

LAS ESTRELLAS DEL SERRANO

LEYENDA ORIGINAL

DE

MANUEL M. CABALLERO DE RODAS

(Continuación)

—Del Moral, añadió este cada vez más admirado. Pero tú que con tanto cariño me tratas, ¿quién eres?

—Eso para más tarde. Ahora lo que precisa es que te saquemos de este lugar y te proporcionemos un asilo seguro, para que no des en manos de los que presto vendrán á enterrar los muertos que aquí dejaron. Para más obligarte á que sigas mis órdenes, y por el gusto que en ello tendrás, te diré que me envió en tu busca, tuan Alvaro...

—¡Oh! Alvaro. ¿Vive Alvaro? ¿Dónde se encuentra? ¿Cómo no viene contigo y con ese otro morenito tan dulce que está á tu lado? Como eres tan bueno, tan avisado, no obstante tu corta edad, y tan misericordioso conmigo, te pido que si Alvaro necesita cuidados, que si está en peligro y puedes, acudas á él antes que á mí.

—Tuan Alvaro por ahora está mejor que tú, y para más tarde tendrá necesidad de tí como de mí. Vá á venir pronto el día; vamos á ver si podemos llevarte á una cueva que está bajo el acantilado de la costa, á unos mil pasos de aquí, donde podrás descansar, mientras que voy á dar noticias tuyas á tu amigo, y á preparar lo necesario para que os reunais.

Y diciendo y haciendo, ayudaron los dos javaneses á incorporar á nuestro resucitado amigo el del Moral, y haciendo entre ambos silla de sus brazos, con gran esmero le trasladaron á donde habia dicho, le hicieron un mullido lecho de plantas, colocaron el tabo con agua á su lado y el frasco del vino, proveyéronle de un par de cocos partidos, y cubriendo la entrada de la caverna convenientemente y encargándole la paciencia y la tranquilidad del ánimo y del cuerpo, dejáronle, con promesa de volver tan pronto como pudiesen.

Acto seguido tomaron el camino de la cala donde se hallaba el corsario, haciendo de paso alguna provision de la planta vulnéraria, más por hacer algo que por necesidad absoluta. Cuan-

do se izaban por el *moco* (1) para entrar á bordo, empezaba á alborotar el día, y se iniciaba el movimiento matutino de la gente de mar.

Alvaro del Retamar habia dormido como media hora después que tuvo la buena nueva que le llevara el javanés Sumo Deraio. y aunque el mismo exceso de su alegría le impidió mas largo reposo, bastóle el que habia tomado para sentirse fresco y vigoroso, como podia esperarse en su situación.

La llegada de Perakh le redobló la alegría, pues vió la del rostro del mancebito, á quien con la mayor efusion estrechó la mano, admirándose de ver que al hacerlo, dos gruesas lágrimas se deslizaban por las aterciopeladas megillas del benévolo javanés. Este le deslizó al oido la buena nueva de hallarse con vida Alonso del Moral y que estaba en vias de curacion. Los extremos del serrano por poco le comprometen y al generoso sundanés que tuvo que contenerlo, más que con palabras con miradas que todo lo decian. Muy á punto sucedió, puesto que de repente se apareció el araez portugués Rodrigues Carneiro que iba dando órdenes á su gente y á informarse del estado de los heridos. Alvaro tuvo la suficiente fuerza de voluntad para sobreponerse á su alegría y aun para flagir un gran abatimiento.

—Rapaz, dijo con voz bronca, ¿cómo se encuentra ese hombre?

—El hombre está mejor, tuan, gracias á mis yerbas, aunque necesita descanso y cuidado, porque muy molido tiene el cuerpo y á más la cabeza se le suele ir.

—Pues precisa que se despavile ó vea lo que hace, que después de mañana levamos anclas y yo no quiero á bordo gente inútil. Con que al avio que tampoco quiero aquí madamitas.

Alvaro palideció de coraje; pero una mirada de Perakh le contuvo. Este dijo al capitán;

—Este mancebo es robusto, tuan, y en tres dias no tendrás á bordo otro más útil.

—Bueno. ¿Y los demás cómo andan?

No tan bien, porque en algunos hay rotura en los huesos. Creo que peligro grande no habrá para nadie si esta noche que viene puedo recoger la yerba, que de día no se puede. Lo que se puede hacer de día...

—Lo que has de hacer de día tú y tus compañeros es cojerme buena provision de cocos y de nancas (2).

Esta orden llenó de gozo al jóven que contestó.

—Bien, tuan, se hará como quieras.

El capitán dió media vuelta y atravesando por entre la gente que baldeaba el barco, fué á tierra en busca del maton Acebedo Morgado para tratar juntos de sus cosas y acordar sus proyectos.

Estos proyectos eran hacerse á la mar de allí á dos dias encaminándose á Amboyna con el fruto de sus merodeos, repostarse y continuar espumando el mar de Célebes y el de las costas de Mindanao y Visayas.

Respecto á Perakh, habia meditado un plan, de cuya ejecucion se prometia la libertad de los cautivos de su eleccion.

—Juan, dijo á Alvaro al darle alimento, tu eres fuerte y seguro estoy de que ahora mismo podrias hacer casi tanto como ayer hiciste peleando. Por acá he escuchado pláticas que no me han gustado. A bordo no te quieren bien y menos bien aun que los marineros los soldados del Sr. Joao Morgado, que vieron caer á tus golpes algunos de los suyos y otros tienen molidas las costillas. Tu vas á hacer lo que yo te diga, que todo será para tu bien. Seguirás fingiendo mucho abatimiento y no hablarás ni menos te enfadarás aunque oigas lo que oigas, porque si no, no serás libre. La libertad no la tendrás de todos modos sino con gran trabajo y mayor peligro...

—Pero Alonso, interrumpió Alvaro...

—Alonso se librará contigo. Está peor que tú, pero si no es más fuerte, lo es tanto como tú. A ese hombre no lo mata una flecha envenenada,

(1) Moco es una pieza de madera ó de hierro que cae vertical desde el tamborete del bauprés. El nombre no es bonito; pero no tiene otro. Esta es ocasion de pedir al lector que perdona cierto lujo de tecnicismo marítimo, indispensable y no siempre explicado por no importunar con notas frecuentes.

(2) Una fruta grande, nutritiva, aunque insípida.

—Y tú, noble rapaz, ¿no peligrarás al querer libertarnos? Porque solo con que esté en exposicion, no digo tu vida y tu libertad, sino un pelo de tu cabellera, no cuentas conmigo para nada.

—Nada temas por mí ni por los míos. Yo no estoy aquí en libertad y yo también la quiero. He podido ya buscármela, más no convenia hasta ocasion propicia. Ahora ya no es tiempo de buscar conveniencias y me aprovecharé de la confianza que de mí hacen estos canes, porque me necesitan. Ya verás otro día como no te engaño: me necesitan.

—Pero buen Perakh, yo no puedo escaparme dejando aquí á mis pobres paisanos mal heridos.

—Que ¿quieres perderte y á Alonso porque todos se salven? No temas. Tus paisanos quedarán aquí, los llevarán cautivos; pero como no los han de matar, yo haré de manera que los suelten á cambio de alguno de los suyos. Confía en mí y está quedo. Ahora voy á llevar víveres á Alonso y á darle las instrucciones necesarias.

—Dile... dile lo que quieras, Singular mancebito, y Dios te proteja y bendiga.

Esto dijo Alonso con las lágrimas en los ojos, y estrechando las manos de su libertador.

Rápidamente fué á ver y curar á los demás heridos, castellanos y portugueses el jóven Perakh, y luego rodeado de sus dos compatriotas, dijo en alta voz:

Sígueme Ngoro, que vamos á cumplir las órdenes del capitán Carneiro, y tú Deraio, quédate á cuidar de los heridos, y diciendo esto con agilidad de monos se deslizaron á tierra los dos malayos.

Dicho se está que iban provistos de vino y alimentos para el que yacia impaciente en su escondrijo, y que los vió llegar lleno de ansiosa alegría. Ngoro trepó á un cocotero con objeto de hacer acopio de fruta para el barco. Perakh dijo á su protegido:

—Tuan Alonso, tu amigo está muy bien y contentísimo por las nuevas que de tí le di, que creí se volvía loco. Precisa que tú te alimentes bien hoy y te estés quedo y con gran cuidado. Ahora entierran á los muertos de ayer, y sin duda van á ver que uno falta, por lo que toda precaucion es poca. Creo que este escondite les es desconocido. Mañana á la noche verás á tu compañero. Yo traía un *cris* javanés para tu defensa en caso necesario y he recogido al paso una espada de alguno de los muertos: toma esas armas que solo son para un caso extremo. Esta noche procuraré traer un par de tiros. Aquí tienes lo necesario para el día: descansa y está tranquilo, que necesitarás pronto de todas tus fuerzas.

Esto diciendo, renovó la cura con grande esmero, y recibiendo del buen Alonso mil expresiones de reconocimiento y de alegría por saber de Alvaro, se apresuró á partir por no dar que sospechar. Al mediodía Perakh y Ngoro estaban á bordo con gran provision de cocos y nengcas.

Necesario es decir algunas palabras de los otros tres heridos del navío castellano. Rodrigo Quijano y el patron de la pinaza estaban bastante adelantados en su curacion, gracias á los cuidados del jóven javanés y sus yerbas, á sus excelentes naturalezas y más que nada á la Providencia, que suele acudir á los grandes desamparos. El marinero de la pierna rota era el que más sufría y el que tenía mal para rato, si es que acertaba á poderlo contar.

La desaparicion de uno de los castellanos caidos en el combate y dejado entre los muertos, ni habia causado grandes inquietudes entre los corsarios, ni grande apresuramiento por encontrarlo. Calculaban que aunque hubiera quedado vivo ó no podría prolongar mucho su existencia, por más que quisiese sustraerse por instinto á la muerte, ni aun cuando viviese, dárles en lo más mínimo. Así continuaron los preparativos de la partida, afanosamente por la impaciencia de maese Pinto de Morgado y su gente levantisca y tremenda.

Alvaro pasó el resto del día fiel á la consigna de silencio y abatimiento que se le habia dado, aunque se obstinó en no salvarse sin sus compañeros de cautiverio. Así lo manifestó al solícito rapaz á quien tanto debia; y éste, que puso al parecer de-

cidido empeño en llevar su abnegacion hasta el último límite, encargóse de ponerse de acuerdo con el alférez Quijano, y el timonel de la pinaza y el marinero. Encontró á los dos primeros dispuestos á coadyuvar al éxito de la evasion, obedeciendo en un todo al javanés, por orden expresa del del Retamar; pero respecto al pobre marinero, se vió que era imposible el contar con él. Mucho agradeció los cuidados de que era objeto y el empeño de Alvaro de no partir sin él, mas dijo, y con razon, que no era justo que por su causa se malograra la fuga de los otros; que él quedaria á bordo, y que en cualquier puesto frecuentado á que arribase la fusta, tendria ocasion de largarse si Dios lo sacaba de aquel su estado, porque ni era posible que lo maltratasen por la evasion de los demás, ni que por seguridad lo aherrajasen tan doliente como se hallaba.

Al fin pudo vencerse la obstinacion del serrano y se esperaron los sucesos.

Pasó sin novedad el resto del día. Por la noche fueron Perakh y uno de los suyos á ver á Alonso del Moral y á llevarle provisiones, y con ellas un saco de bizcocho, alguna cecina, frascos de aguardiente de caña y los demás bastimentos que pudieron para la espedicion que se meditaba. Además dos arcabuces con sus municiones que pudieron sustraer de á bordo, dos picas, una espada y tres dagas. Esto costó fatigas, precauciones y correr algun riesgo, y todo se salvó merced á la voluntad decidida del singular adolescente javanés y á su destreza y la de sus paisanos.

(Se continuará.)

MANUAL NOVISIMO

DE LA CONTRIBUCION INDUSTRIAL,

POR

D. JOSÉ MARIA MAÑAS,

jefe de Administracion y jefe de Negociado cesante del Ministerio de la Gobernacion.

Un tomo en 8.º francés, de 243 páginas, que contiene el reglamento y tarifas de 20 de Mayo de 1873, con notas y aclaraciones para su aplicacion, adicionado con dos extensos índices alfabéticos que facilitan la perfecta inteligencia del reglamento y el acertado manejo de las tarifas.

Este *Manual* de la mayor utilidad para los funcionarios de la administracion provincial, para los alcaldes y secretarios de ayuntamiento y para los industriales sujetos al pago del impuesto, se halla de venta al precio de SEIS REALES en la portería de la Administracion Económica, en la Administracion del *Diario oficial de Avisos de Madrid* y en las librerías de Hernando y San Martin. Los pedidos se dirigirán al autor, calle de Leganitos, núm. 17, cuarto principal derecha.

LOTERIA DE LA HABANA

DEL 17 DE SEPTIEMBRE DE 1873.

Se venden billetes á 400 rs. y vigésimos á 20, en la Administracion de EL CASCABEL.

A provincias se enviarán á quien remita el importe en libranza, y un sello de 2 rs. y á vuelta de correo recibirá en carta certificada lo que haya pedido.

MADRID:—1873

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos)